

## EL LUGAR DE FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN (1855-1943) EN LA HISTORIA DE LA FRASEOLOGÍA ESPAÑOLA

ESTEBAN TOMÁS MONTORO DEL ARCO  
*Universidad de Granada*

En otro lugar (Montoro del Arco, 2006b) subrayábamos la particular visión de lo fraseológico que determinados autores nos han transmitido, como hecho lingüístico vinculado a lo folclórico, a lo festivo o popular, y considerado como símbolo de identidad nacional. La etapa de finales del XIX y principios del XX, en concreto, parece ser una época muy fecunda de estudio de la fraseología, a juzgar por la cantidad de obras que se publica en este período (Lengert, 1999), aunque el principal interés parece seguir siendo el del estudio de los refranes o Paremiología<sup>1</sup>. Lo cierto es que se percibe una tendencia a la recopilación de materiales, a veces por iniciativa de eruditos que no se dedican de lleno a la reflexión lingüística o bien simplemente la trataron de forma indirecta, a propósito de otro tipo de actividades o intereses científicos.

Es el caso de don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943), polígrafo sevillano que ha pasado a la historia de la investigación filológica fundamentalmente por su contribución al estudio de la literatura popu-

---

<sup>1</sup> Actualmente hay quienes tienden a considerar la Paremiología y la Fraseología como disciplinas lingüísticas diferentes: esta última comprendería el estudio específico de las locuciones y de todas aquellas UF que funcionan en el ámbito oracional, frente a aquella, que se ocuparía de unidades más cercanas a lo textual (refranes, adagios, citas, etc.). Ambas disciplinas han estado siempre vinculadas y aún hoy no hay acuerdo en cuanto a su relación y sus límites. Nosotros no entraremos aquí en tales disquisiciones teóricas y utilizaremos el genérico "Fraseología" cuando queramos referirnos a las dos en conjunto.

lar y de los clásicos de la literatura de nuestro Siglo de Oro (Barahona de Soto, Pedro de Espinosa, Quevedo, Mateo Alemán y, por supuesto, Cervantes). Es menos conocida su aportación lingüística, dado que ésta se vio estrechamente vinculada al sesgo popularista y folclorista que inspiró sus primeros trabajos. No fue un gramático, ni tampoco un lexicógrafo al uso, pero con sus obras sí que contribuyó a crear un estado de opinión en torno a aspectos que, como el fraseológico, no habían recibido demasiada atención por parte de los estudiosos en general y, en particular, de una institución tan representativa como la Real Academia Española.

### 1. LA FRASEOLOGÍA, UNA CONSTANTE EN SU VIDA

D. Francisco Rodríguez Marín<sup>2</sup> nació en 1855 en Osuna (Sevilla). Con catorce años se trasladó a Sevilla para comenzar sus estudios de Derecho pero cayó enfermo y hubo de pasar una larga temporada de convalecencia en la viña de Pago Dulce, tres años en los que la lectura de los clásicos, de colecciones de canciones populares (como las de Segarra o Fernán Caballero y de obras como el *Cancionero popular* del folclorista Lafuente Alcántara) marcaron su vocación por el folclore, la sabiduría y el uso fraseológico e idiomático del pueblo<sup>3</sup>.

Tras una etapa universitaria en la que, aparte de cursar la carrera de Derecho, desarrolló labores de escritor y periodista, se sintió atraído por la revitalización de la cultura que planteaban algunos jóvenes intelectuales de la época en Sevilla, impregnados por las ideas krausistas, como Antonio Machado y Álvarez "Demófilo", padre de los Machado y eminente folclorista y flamencólogo. Rodríguez Marín participó al menos en dos proyectos auspiciados por aquél: en primer lugar, el «verdadero catálogo de cultura y folklore populares» que se propuso confeccionar en 1979 en torno a la revista decenal *La Enciclopedia*, la cual obtuvo el reconocimiento de múltiples y prestigiosos intelectuales

<sup>2</sup> Hemos obtenido gran parte de los datos biográficos que a continuación se presentan, entre otras fuentes, de la excelente biografía trazada por Rayego Gutiérrez (2002), así como de la correspondencia mantenida con diversos personajes de la época como don Marcelino Menéndez y Pelayo o el doctor Thebussem.

<sup>3</sup> Él mismo lo afirma en alguna ocasión: «Oía a los cavadores y vendimiadores frases que me llamaban la atención y que me hacían admirar la riqueza de expresión del pueblo» (ápuđ Rayego Gutiérrez, 2002: 26).

Europeos (entre ellos Hugo Schuhardt). En segundo lugar, la creación en España de la sociedad "El Folk-Lore español" —a imitación de la pionera "Sociedad de Folklore" londinense— cuyas bases, publicadas en 1881 en *La Enciclopedia*, exhibían explícitamente ya en su primer punto un marcado interés por lo fraseológico:

1.ª Esta Sociedad tiene por objeto recoger, acopiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la Ciencia, (Medicina, Higiene, Botánica, Política, Moral, Agricultura, etc.); los proverbios, cantares, adivinanzas, cuentos, leyendas, tradiciones, fábulas y demás formas poéticas y literarias; los usos, costumbres, ceremonias, espectáculos y fiestas familiares, locales y nacionales; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles, en que se conservan más principalmente los vestigios de las civilizaciones pasadas; *las locuciones, giros, trábalenguas, frases hechas, motes y apodos, modismos, provincialismos y voces infantiles*; los nombres de sitios, pueblos, lugares, de piedras, animales y plantas; y, en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y la reconstrucción científica de la historia y de la cultura españolas<sup>4</sup>.

Más tarde Machado y Álvarez estimó más oportuno comenzar por sociedades regionales y así en 1882 aparece *El Folk-Lore Andaluz*, revista mensual y órgano de expresión de la Sociedad del mismo nombre, que se publicó hasta febrero de 1883. Esta Asociación se habría de regir por las mismas bases que la nacional, pero el entusiasmo de sus fundadores ciertamente alentó sentimientos regionalistas y con ella se propusieron «poner de manifiesto ante el mundo entero el alma de esta privilegiada y originalísima raza andaluza», en clara sintonía con ideas posteriores de otro fraseólogo andaluz, Julio Casares<sup>5</sup>. El ursaonense destacó pronto en las labores de la Sociedad andaluza, especialmente por su labor de recopilación de fraseologismos y anda-

<sup>4</sup> En Blas Vega y Cobo (1981: 501), el subrayado es nuestro. Resulta muy sintomática la agrupación de estos términos, pues es muy parecida a la que Eduardo Benot formuló en su *Diccionario de ideas afines* (vid. Montoro del Arco, 2006a), autor con el que mantuvo correspondencia (Herrera Tejada, 1996)

<sup>5</sup> «Lo que el andaluz hallará pintoresco o gracioso y procurará retener para repetirlo, dejará frío al castellano y hasta molestará al navarro. Y en este aspecto España, tal como su mentalidad se refleja en la literatura clásica, es algo así como la Andalucía de Europa» (Casares, 1992[1950]: 218-219).

lucismos<sup>6</sup>. En efecto, en diciembre de 1882 publica en *El Folk-lore* la que puede ser considerada su primera aportación de interés para la fraseología: ciento sesenta y cinco «Comparaciones populares recogidas en Osuna»<sup>7</sup>, primera aproximación a un componente, el de las comparaciones fijadas, que desarrollará más tarde en otras dos publicaciones.

La marcha de Demófilo a Madrid marcó el comienzo del fin de la sociedad<sup>8</sup>, tan solo dos años después de su fundación, pero dejó como legado varios testimonios acerca de la fraseología “vulgar” o popular<sup>9</sup>. Rodríguez Marín volvió en 1883 a Osuna para instalarse en él. Allí, ejerció la abogacía y continuó con sus colaboraciones en periódicos y revistas, al tiempo que desarrolló una íntima y fructífera relación con el sacerdote y hebraísta Antonio María García Blanco, al que consideró su maestro. Antes de que acabara el año, publicó la primera de sus obras netamente paremiológicas: sus *Cien refranes andaluces de Meteorología, Cronología, Agricultura y Economía rural* (1883). También por esta época dio a la luz la primera secuela de sus «Comparaciones populares», las *Quinientas comparaciones andaluzas* (1884).

Sin embargo, a la altura de 1886 se produce un distanciamiento entre García Blanco y Rodríguez Marín, para cuya explicación se han barajado distintas hipótesis: una de ellas es la publicación por parte de

---

<sup>6</sup> Ahumada (2007) señala que Rodríguez Marín dejó constancia en varias ocasiones de su proyecto de un *Diccionario de Andalicismos*. En este tenían especial presencia las unidades pluriverbales, como lo muestra el hecho de que decidiera cambiar el título de su proyecto por el de “*Provincialismos andaluces de palabra y de frase*”.

<sup>7</sup> Esta recopilación puede encontrarse en Blas Vega y Cobo (1981: 361-370).

<sup>8</sup> Sbarbi apuntará como causa de su efímera vida la falta de protección que acusó este órgano: «[...] creí presentármese ocasión propicia á mediados del de 1881 para poder ver realizadas mis aspiraciones, y á dicho efecto, comuniqué el primer hábito de vida á un ser que, con el apoyo y protección de quienes hubieran podido y debido hacerlo, hubiera resultado en su día un cuerpo robusto y vigoroso; pero habiendo faltado estas imperiosas circunstancias, sucedió lo que no podía por menos de suceder, que la criatura murió apenas exhalado su primer vagido» (Sbarbi, 1980[1891]: 182).

<sup>9</sup> Documentos sobre fraseología son los siguientes, todos incluidos en Blas Vega y Cobo (1981): “Concepto popular de Dios, en refranes”, p. 135; “Comparación popular”, p. 486; “Dichos populares”, p. 489; “Expresiones populares”, p. 273; “Frasas hechas”, p. 491; “Piropos”, 484; “Refranes locales andaluces”, p. 29bis; “Comparaciones populares recogidas en Osuna”, p. 361; “Fórmulas iniciaes e finaes dos contos”, p. 211; “Frasas hechas”, p. 64bis; “Interjecciones vulgares”, p. 97.

Rodríguez Marín de *De Academia Caecitate. Reparos al nuevo Diccionario de la Academia Española* (1886), estudio que recogía sus aportaciones a la sección “De Academia Caecitate” del periódico local *El centinela de Osuna*<sup>10</sup>. Este libro fue muy celebrado por Luis Montoto y Rautenstrauch<sup>11</sup>, por su labor crítica a la 12ª edición (1884) del diccionario académico. Entre los aspectos que sancionaba ocupaba un lugar ciertamente importante el fraseológico:

Con acerada pluma escribe en ese libro de los defectos y de los excesos del léxico oficial español. Trata de los vocablos mal escritos, mal definidos y que carecen de acepciones; de las voces que faltan y de las que sobran; de las frases no entendidas y de aquellas que indebidamente se omiten; de las comparaciones populares; de los refranes incompletos y equivocados; de las etimologías y de otras muchas materias curiosas y entretenidas<sup>12</sup>.

Al parecer, Rodríguez Marín había manejado las notas filológicas que el hebraísta formuló previamente sobre la edición de 1869 (11ª edición) del DRAE, atribuyéndose así el mérito de tales observaciones de forma —presumiblemente— injusta. En cualquier caso, encontramos ya en este temprano testimonio su voluntad de influir sobre la Academia para que tuviera en consideración aspectos considerados “menores” frente al léxico común, como el de las comparaciones o los refranes.

En los albores de los homenajes que habrían de rendirse a Cristóbal Colón con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América,

<sup>10</sup> Las que tienen que ver con lo fraseológico son «Palabras mal definidas» (nº 14), «Refranes incompletos y equivocados», «Refranes mal entendidos» (nº 39) y «Refranes que faltan» (nº 40).

<sup>11</sup> Luis Montoto y Rautenstrauch (1851-1929) fue notario eclesiástico, concejal del Ayuntamiento de Sevilla y cronista oficial de la ciudad, miembro del Ateneo de Sevilla y secretario perpetuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla. Amigo de Antonio Machado Álvarez, entre otras cosas colaboró con él en la publicación de la *Biblioteca de Tradiciones Populares* (1883-1888) y se unió a la empresa del Folk-lore Andaluz para que la cultura popular recibiera reconocimiento académico.

<sup>12</sup> Ápud Rayego Gutiérrez (2002, 89), el subrayado es nuestro. No fue la única ocasión en la que Luis Montoto, uno de los más ilustres integrantes de la Sociedad, celebró la labor fraseológica de Rodríguez Marín. No sorprende si pensamos que el sevillano también se acercó a esta disciplina en su libro *Un paquete de cartas de modismos, locuciones, frases hechas, frases proverbiales y frases familiares* (Madrid/Sevilla: Oficina Tipográfica de «El Orden» 1888).

nuestro hombre comienza una relación epistolar con Menéndez y Pelayo, así como una amistad que duraría hasta la muerte de este último y que le facilitaría a la postre su progresivo acceso a la Real Academia Española. Al tiempo que cultivaba el estudio de los clásicos, principal motivo por el que recibe los plácemes del santanderino, insiste en sus aficiones folcloristas con la publicación en 1896 del libro titulado *Los refranes del Almanaque*, obra que comenzó a preparar en el verano de 1892 en Sanlúcar de Barrameda, mientras su familia se dedicaba a tomar los baños en la localidad gaditana. Este era un anticipo de un proyecto más ambicioso, su *Refranero General Español*, que no llegaría a culminar.

Al comienzo del curso académico siguiente, el de 1896-97, don Marcelino Menéndez y Pelayo, tras ser honrado con el título de académico preeminente de la Academia Sevillana de Buenas Letras, le comunica que tiene la pretensión de proponerlo como correspondiente de la RAE. Don Francisco, a pesar del temor que siente por la posibilidad de que en la Academia se recuerden sus acerbados ataques, es nombrado académico correspondiente el 24 de marzo, a instancias del propio Menéndez Pelayo y de Antonio María Fabié y José María de Pereda.

En 1899, en un ambiente de victimismo general por la pérdida de las colonias, Rodríguez Marín ofrece otro testimonio de su labor de búsqueda de la esencia nacional y de indagación en la sabiduría popular, a través de uno de los libros por los que es más recordado en el ámbito de la fraseología, sus *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas*. De éstas dirá Menéndez y Pelayo en carta de ese mismo año: «¡Precioso librito el de las *Comparaciones andaluzas*! Mucho hay que aprender en él para los aficionados a nuestra lengua, hoy tan empobrecida y maltrecha entre las gentes que se dicen culta» (ápod Rayego Gutiérrez, 2002: 139).

Sus méritos propios y el buen hacer de sus amigos le abren finalmente las puertas de la Academia y el 30 de noviembre de 1905 pasa a ser miembro de número. A partir de ese momento se suceden los reconocimientos. Entre ellos, la Junta Directiva de la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid lo nombra profesor para que en el curso 1906-07 explique un curso de *Paremiología española*. Por otro lado, el Ayuntamiento de Osuna, su ciudad natal, acuerda organizar un homenaje a su paisano y la Diputación Provincial de Sevilla lo declara Hijo Adoptivo Predilecto de la Provincia.

A finales de 1906 se hizo necesario el nombramiento de un nuevo director de la RAE y don Marcelino Menéndez Pelayo parecía ser el candidato mejor situado, pero las circunstancias políticas inclinaron la balanza a favor de don Ramón Menéndez Pidal, hecho que supuso un gran agravio en el sentir del santanderino. De hecho, a principios de 1907 Rodríguez Marín vuelve a Madrid para invocar una plaza de inspector de Archivos de Protocolos, pero Menéndez y Pelayo, herido aún por el episodio académico, le advierte de los tejemanejes que se traen los que identifica como “krausistas”, congregados en torno a la Institución Libre de Enseñanza. No obstante, su delicada situación financiera le hace andarse con pies de plomo hasta que consigue el cargo y en 1907 los Rodríguez se trasladan finalmente a Madrid. Tuviron graves dificultades económicas en este período (al menos hasta 1914), de modo que la labor de revisión crítica del *DRAE* que el filólogo osunés venía desempeñando hasta el momento se ve entrecerrada ahora con intereses crematísticos: en esa época, las múltiples adiciones y enmiendas a que el osunés sometió el Diccionario de la RAE, constituyeron una buena fuente de ingresos para la familia, como él mismo declara al redactor de *Mástil*:

[...] redacté y presenté millares de cédulas en que proponía, según las autoridades citadas, adiciones y enmiendas al Diccionario. Antaño devengaban esas papeletas, si eran aprobadas, veinticinco céntimos de peseta, y yo gané muchos, pero muchísimos realillos entonces» (Rodríguez Marín, *ápu*d Rayero Gutiérrez, 2002: 177).

En 1912 se produce la muerte, con 56 años, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, quedando así vacante el puesto de director de la Biblioteca Nacional. Ya antes de fallecer el polígrafo santanderino se cuidó de proteger a su amigo y lo propuso para tal puesto, de modo que alcanzó tal distinción y comenzaron a ir solucionándose sus problemas económicos.

La derrota del ejército español del Norte de África en Annual en 1921 abocará al país a la más tremenda desolación. En estos momentos de decadencia, Rodríguez Marín piensa en la jubilación y en retirarse a descansar. No obstante, aún ve la luz en ese mismo año, entre otras, una más de sus obras relacionadas con las adiciones al léxico oficial de la Academia: *Un millar de voces castellanas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico* (1921). Solo un año más tarde

su labor erudita completa este volumen con sus *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico* (1922), muy celebrada también por sus coetáneos. De esta última obra dirá Del Río y Rico que el lector

[...] queda anonadado al ver la lectura que representa aquella larga lista de palabras entresacadas de los grandes escritores de los siglos XVI y XVII, y las cuales no figuran en el DRAE. Digno compañero de estos dos volúmenes, es aquel otro intitulado *Modos adverbiales castizos y bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico* (1931).

Quien, como él, ha pasado diariamente algunas horas leyendo clásicos olvidados y documentos de archivo, puede, al cabo de años, haber reunido abundante material de primera mano y algunas veces desconocido; y así es la única manera que ha podido presentar y pedir a la Citada Corporación incluya en el Léxico oficial las dos mil quinientas voces por el docto académico señaladas, y el sinfín de modos adverbiales por él propuestos» (ápuđ Rayego Gutiérrez, 2002: 197).

En 1923, habiendo superado graves problemas de salud, Rodríguez Marín será nombrado Bibliotecario Perpetuo de la RAE. Dos años más tarde, en 1925, publica *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*, primero de cuatro libros en los que se insinúa como humilde continuador de la obra del extremeño.

En 1931 es proclamada la República y, a pesar del ambiente de violencia que vive el país en 1932 y de sus graves problemas de salud, aún continúa su trabajo folclorista y erudito: con motivo de la Fiesta del Libro Español, don Francisco publica la segunda edición de su *Refranerillo español del libro* (1933). Y en 1934 publica sus *6.666 refranes de mi última rebusca*, cercano ya el estallido de la Guerra Civil, que le obliga a recluirse en la villa manchega de Piedrabuena.

En 1939 regresa a Madrid. A pesar de su edad y de los golpes que ha tenido que soportar en los últimos años, reemprende su labor literaria y aún saca algunas obras paremiológicas, entre las cuales se encuentra el testimonio de su paso por la villa anteriormente citada, sus *250 refranes entresacados de los 4.500 que ha reunido en la villa de Piedrabuena* (1939), recopilación de la sabiduría popular de la zona.

En 1940 es elegido por unanimidad Director de la RAE, sustituyendo a José María Pemán, quien en el transcurso del año 39 había desempeñado el cargo en situación de interinidad. A pesar de su delicado estado de salud, don Francisco no renuncia a la responsabilidad



que entraña este trabajo, así como el contacto con diversos amigos, algunos de los cuales en la actualidad son recordados en gran parte por su labor fraseológica o paremiológica: por esa época será secretario de la RAE don Julio Casares y en la tertulia diaria con sus íntimos se encuentran ilustres paremiólogos como el joven Luis Martínez Kléiser, autor del *Refranero general ideológico español* (1953).

Su incansable y continúa labor de folclorista culmina en 1941 con una obra cuyo título transmite el impulso de un último esfuerzo recopilatorio al final de sus días: *Todavía 10.700 refranes más*. Osuna por esa época proyecta hacerle un homenaje a su hijo predilecto y ya se estaba fraguando un homenaje nacional, para el que había sido elegido secretario Luis Martínez Kléiser. Para entonces, su mente todavía tenía la lucidez de antaño, como el propio Casares relata:

[...] era su habla fácil y voluble, correcta sin artificio, tan limpio de afectación purista como de giros chabacanos y de muletillas de moda, ricamente esmaltada de frases y modismos, tirando, en suma, más a lo popular que a lo redicho (Casares, 1961: 200).

Murió en 1943, sin poder asistir al homenaje que el Ministerio de Educación Nacional le había preparado. En el discurso de agradecimiento que preparaba para tal acontecimiento, Francisco Rodríguez Marín escribió que sólo encontraba dos cualidades en su larga existencia: su españolismo y su espíritu de trabajo. De la primera de ellas da buena cuenta la cantidad y variedad de sus trabajos como poeta, escritor e investigador erudito (dejó escritas en torno a ciento cincuenta obras) así como los puestos de responsabilidad que desempeñó a lo largo de su vida (entre ellos, como hemos visto, los de Director de la *Real Academia Española*, Director de la *Biblioteca Nacional*, Presidente honorario del *Patronato «Menéndez Pelayo»* y Presidente del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*). Su declarado "españolismo" le movió a una intensa labor de exploración en el acervo folclórico, de donde extrajo numerosos materiales para sus trabajos de investigación y, en particular, para el estudio de la fraseología española.

## 2. MOTIVACIONES PARA EL ESTUDIO DEL COMPONENTE FRASEOLÓGICO

Como se desprende de la breve noticia biográfica precedente, la aportación a la fraseología de don Francisco Rodríguez Marín, al margen de la multiplicidad de sus intereses, se extendió desde sus años mozos hasta el final de sus días, constituyendo así una de sus más fructíferas líneas de investigación. Solo esto le haría merecedor de un lugar destacado en la historia de la Fraseología española. Pero aparte supo transmitir sus inquietudes a un grupo muy numeroso de personajes que actualmente son considerados como figuras destacadas de la disciplina.

¿Cuáles fueron las razones (personales, históricas, ideológicas...) que motivaron su interés por la fraseología y la paremiología (y aún el interés de muchos de sus coetáneos)? Señalamos al menos cinco, tres de carácter general o histórico, dos relacionadas con su experiencia vital.

2.1. En primer lugar, hemos de destacar el interés de un grupo de eruditos por el folclore y por las particularidades de la cultura popular de cada zona. Con él asistimos a la adopción de este concepto en España, protagonizada por Demófilo y su Sociedad de *El Folk-lore andaluz*. Especialmente en la candidez de sus primeros años, el bachiller de Osuna se entregó entusiasmado a todo aquello que tenía que ver con lo regional. En ello influyó primeramente su condición social inicial, el entorno provinciano y rural en que transcurrió su infancia y, qué duda cabe, una especial inclinación personal por este tipo de materiales.

El de 'folklore' era un concepto muy amplio que abarcaba todo tipo de manifestaciones lingüísticas, siempre que procedieran directamente del vulgo (cuentos, juegos infantiles, adivinanzas, refranes, supersticiones, tradiciones, cantos, usos ceremoniales, etc.). La recopilación de refranes y frases hechas encajaba perfectamente en esta tendencia, pero tenía también un fin utilitario, el de servir de medio o apoyo para entender otras manifestaciones lingüísticas. Esta es la opinión de uno de los socios honorarios de *El Folk-lore andaluz*, el francés Paul Sébillot, para quien la investigación folclórica en relación con los cuentos exige al estudioso determinadas cualidades:

Otra condición, siempre útil e indispensable a veces para los que recogen la literatura legendaria, es conocer el dialecto del país; aun en las provincias

en que se habla un dialecto nacional, fácil de comprender por todos, *hay infinidad de idiotismos o términos provinciales, cuya significación es necesario conocer a fondo*. Cuando tenemos necesidad de pedir explicaciones a cada paso, el cuentista se aburre y procura explicarse bien o mal en el idioma general del país, lo que quita fresca y colorido a su narración y hace que en vez de su pensamiento original nos dé solo una traducción de este pensamiento, imperfecta en la mayoría de los casos<sup>13</sup>.

2.2. En segundo lugar, está también muy presente la necesidad de exaltación del idioma patrio y la construcción de la identidad nacional. La cantidad de unidades recogidas (que se refleja orgullosamente ya en los títulos y en los comentarios de las obras: “un sinfín de modismos”, “infinitud de idiotismos”...) era proporcional al esfuerzo empleado en la compilación y al reconocimiento del favor que se hacía a la lengua castellana, pues con ello se enaltecía su poderío y expresividad frente a otros idiomas. No pueden pasarse por alto los graves momentos históricos por los que atravesaba la nación (el siglo XIX es etapa de revoluciones), sobre todo a partir de la pérdida de las últimas colonias, con la que se extinguía para siempre la llama del antiguo Imperio español.

2.3. En tercer lugar, habríamos de considerar la influencia del paradigma positivista que domina gran parte de la producción de toda la segunda mitad del siglo XIX. El afán compilatorio era un signo de los tiempos. Como señala Portolés (1986: 33), el esfuerzo abnegado y generoso de muchos eruditos hace del XIX un siglo de grandes recopiladores, de humildes trabajadores capaces de levantar, con su constancia, los cimientos de la crítica histórica y de la historia intelectual de España. Parte de la corriente positiva, que en el último cuarto del siglo XIX se manifiesta en la vida intelectual española, procede de las doctrinas evolucionistas darwinianas. Se intenta implantar en las ciencias humanas la metodología inductista que se aplicaba en las ciencias naturales, en aras de la construcción de una historia de las ideas y de la cultura. Este es el espíritu que guía a la publicación periódica *La Enciclopedia*, en torno a la que Rodríguez Marín comenzó a investigar en su primera época sobre folklore español, como señala Antonio Sendras y Burín:

---

<sup>13</sup> En Blas Vega y Cobo (1981: 30-31), el subrayado es nuestro.

No era, como el Cancionero de Fernán Caballero, el producto de una cuidadosa selección literaria; ni como el Refranero general de Sbarbi, un estudio erudito y académico; ni como la poesía popular de Milá y Fontanals un estudio de teorización y de crítica. *La Enciclopedia sólo se preocupaba de reunir, de acopiar materiales, reproduciéndolos con la mayor fidelidad posible, respondiendo así a las corrientes científicas modernas, según las cuales primeros son los datos, los hechos, los casos, y después las leyes, las generalizaciones y las teorías.* En dos años de publicación reuniéronse en la sección de literatura popular de *La Enciclopedia* riquísimos materiales para su estudio serio y detenido sobre cuentos, juegos infantiles, *refranes*, supersticiones, tradiciones, cantos, *usos ceremoniales*, etc. (Sendras y Burín, 1986)<sup>14</sup>.

Esta faceta de su trabajo fue ensalzada por Menéndez Pelayo en su contestación al discurso de recepción de Rodríguez Marín en la Real Academia Española:

Serie vastísima en el cuadro de las obras de Rodríguez Marín forman sus trabajos de saber popular, comenzados desde su primera juventud y a los cuales debió su celebridad primera. Bajo ese nombre [...] agrupó todas las publicaciones de nuestro Académico sobre refranes, cantos populares, adivinanzas, supersticiones, meteorología y agricultura tradicional; vastísimo arsenal de datos para la historia de las ideas y costumbres del pueblo español, como no lo ha recogido hasta el presente otro investigador alguno (Real Academia Española, 1950b: 308).

Su gloria en este punto es envidiable y deber de regocijar su corazón más que ninguna otra obra, porque, en medio de su ingénita modestia, comprende la trascendencia social de su labor, toda reconstructiva y de primera mano, y, por decirlo así, reintegradora de la conciencia nacional [...] *Y todo lo ha sido no por infusión de cultura europea mal digerida, como suelen presentarse aquí los estudios nuevos, sino por penetración inmediata y directa de la realidad española en que vive*, y por el esfuerzo de una voluntad perseverante puesta al servicio del entendimiento ágil y clarísimo, lleno de agudeza, de animación y de gracia (Real Academia Española, 1950b: 316-7)<sup>15</sup>.

Tales palabras de elogio son comprensibles entre amigos, anteriormente hemos reseñado la inquebrantable complicidad que mantuvieron, pero en ellas podría haber cierta incongruencia: el positivismo inherente al afán compilatorio de Rodríguez Marín no parece casar

<sup>14</sup> Ápud Rayego Gutiérrez (2002), el subrayado es nuestro.

<sup>15</sup> El subrayado es nuestro.

bien con el desprecio que su amigo y valedor mostró siempre por esta corriente (que se esconde bajo el sintagma “cultura europea mal digerida”) y el elevado (y distinto) concepto de las ciencias del espíritu que éste representa:

Lo particular, lo individual, lo infinitamente pequeño, lo accidental y fortuito, se ha sobrepuesto en tales términos a lo general, a lo trascendente y a lo absoluto; ha llegado a tal extremo el desnudamiento del trabajo intelectual; han triunfado de tal modo las *monografías* sobre las síntesis, que, en vez de luz, comienza a producirse el caos, a fuerza de amontonar sin término, y, a veces, sin plan, hechos, detalles, observaciones y experiencias. Por otra parte, como este género de trabajo no está de ningún modo vedado a las medianías, no exige grandes dotes intelectuales, sino un enorme poder de paciencia, de atención, de orden y de memoria; las medianías han triunfado de tal modo que pasan hoy por glorias de Alemania y absorben la atención pública (antes concedida sólo a los sublimes metafísicos y a los poetas excelsos), *los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los naturalistas al por menor, los gramáticos que estudian las formas de conjugación en tal o cual dialecto desconocido, y a este tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, estimables, pero que no pasan, ni pueden pasar, de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo* (Menéndez y Pelayo, 1888, ápuđ Portolés, 1986: 23)<sup>16</sup>.

Frente a la labor teórica que sí realizan otros autores de la época, como Sbarbi<sup>17</sup>, la aportación de Rodríguez Marín a la fraseología fue de corte positivista, esto es, más lexicográfica que metalexicográfica. Sin embargo, era consciente de la necesidad de teorización y de generalización, y sabía reconocer los dos papeles, los dos diferentes espíritus que animaban la labor de erudición, pero estos dependían del momento y del objeto de la misma y no eran alcanzables para cualquiera. Así lo pone de manifiesto el propio Rodríguez Marín, quien con gran modestia reconoce el poderío intelectual de su amigo en este sentido:

<sup>16</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>17</sup> La principal obra de éste es el *Refranero general español*, que consta de diez tomos en los cuales se reimprimen varias colecciones de refranes y algunos libros. El primer tomo recoge los proverbios de Santillana, los *Diálogos familiares* de Juan de Luna y el refranero del Palmireno. El tomo quinto y sexto están dedicados a Cervantes y recoge los estudios sobre los refranes de Sancho Panza y un estudio crítico de Sbarbi sobre la intraducibilidad del Quijote. La colección viene precedida por un estudio teórico del autor, su *Disertación acerca de la índole, importancia y uso de los refranes*.

Hoy, cuerdamente, con el nuevo concepto de la Historia, no cabe escribir de esa gran ciencia sino monografías, tratados locales, estudios biográficos; en una palabra, piezas sueltas. *Hagámoslo así: y cuando el tiempo transcurra, y el penoso análisis esté hecho, y se acumule un inmenso aparato bibliográfico, en que habrán trabajado muchos millares de personas, entonces, por ley de providencial selección, aparecerá un asombroso talento, un nuevo Menéndez y Pelayo, que, discerniendo y combinando, y enjuiciando sobre todo ello durante una larga vida con la clarividencia que es don celestial de los escogidos, haga la gran síntesis.* Entonces se habrá escrito el verdadero Libro de nuestra Historia<sup>18</sup>.

Pero lo cierto es que no será en su labor como folklorista o paremiólogo donde se revele el genio de Rodríguez Marín, sino en sus estudios literarios, donde no se quedó anclado en la mera recopilación de materiales, sino que se mostró como fino analista. Y también se encarga de marcar esta diferencia el propio Menéndez Pelayo en su contestación al discurso de recepción pública de la Real Academia Española de aquél:

Si Rodríguez Marín fuera uno de esos espíritus que pedantescamente suelen llamarse *unilaterales*, hombres de un solo libro o de una sola disciplina científica, habría sido muy de temer que este culto de la *musa popular*, rayano en la idolatría, le hubiese hecho injusto en la estimación de las bellezas de la poesía artística: escollo en que suelen tropezar los *folkloristas* vulgares, capaces de preferir los aullidos de los caníbales a las odas de Horacio, por considerarlos más espontáneos, en lo cual tienen razón que les sobra. Nuestro amigo no pertenece a tan extravagante secta. [...] *El Sr. Rodríguez Marín pudo pasar sin violencia alguna desde la región humilde y desdeñada del canto popular hasta la región aristocrática en que batía sus alas nuestra musa lírica del Renacimiento, educada en la severa escuela de latinos e italianos* (Real Academia Española, 1950b: 317-8)<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Son palabras de réplica al discurso de recepción ante la Academia Sevillana de Buenas Letras de don Carlos Cañal y Migolla (abogado, escritor y político), el 5 de febrero de 1899. El subrayado es nuestro.

<sup>19</sup> El subrayado es nuestro. Menéndez Pelayo hubo de reconocer también el valor intrínseco de *El Folk-lore andaluz*, aunque no comulgara siempre con sus objetivos: «Lo que Fernán Caballero había realizado por instinto y sentimiento poético lo entendió con miras científicas, *no siempre loables*, pero con un ardor y entusiasmo a toda prueba y en una dirección metódica que es justo agradecer, la *Sociedad del Folklore Andaluz*, fundada por los años de 1880» (Real Academia Española, 1950b: 310).

2.4. En cuarto lugar, encontramos una motivación personal para el estudio de la fraseología, vinculada a su especial relación con la Real Academia Española y con sus críticas al diccionario académico. Ya se ha comentado el carácter reivindicativo de su *De Academia Caecitate*, pulsión que heredó de su maestro entonces, el padre García Blanco, el cual se quejaba en estos términos de la actitud de la Real Academia ante las variedades del español:

Cuando la *Academia Española* acabe de formar su *Diccionario de la Lengua castellana*; cuando limpie su libro y la lengua de tanta inexactitud como contienen, y fije la genuina significación de las palabras, y dé el esplendor debido á nuestra lengua, entonces atenderá, como debe, á esta y otras mil precisas expresiones vulgares que hoy mira con desden y tiene por faltas de cultura, poniendo, v. g., sólo el verbo *arrear*, aunque dándole también la acepción de nuestro *harrear* andaluz» (Blas Vega y Cobo, 1981: 12-13).

Más tarde, ya dentro de la Academia, el propio Rodríguez Marín continuó su labor de análisis de las deficiencias del *DRAE*<sup>20</sup>. Aparte de los ingresos que tal actividad le suponía, sin duda actuaba como acicate el desprecio que el componente fraseológico despertaba en otras esferas, así como las reservas con que eran valoradas sus recopilaciones fraseológicas, como expresará ya pasado el tiempo:

[...] desde el año de 1883 en que publiqué la más humilde de ellas, no ha faltado quien, empezando por negar toda suerte de mérito e importancia a los refranes —¡ya que sea, que se vea!— opine a su antojo sobre mis 12.600 refranes más...

2.5. Pero, sin duda, esta labor fraseográfica está en gran medida supeitada a su afán fundamental de estudio, anotación y recuperación de los clásicos. Sus recopilaciones de modos adverbiales son un testimonio de su bagaje intelectual, de su amor por los autores áureos, pero también un instrumento al servicio de la lectura de éstos. De hecho, no estima sus aportaciones a la lexicografía como un gran mérito sino más bien un apoyo para otra actividad, como señala en la carta dedica-

<sup>20</sup> Testimonio de ello son *Un millar de voces castellanas* (1921) o *Dos mil quinientas voces castizas* y sus *Modos adverbiales castizos* y *bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico* (1931).

toria que dirige al Ramón Menéndez Pidal y que precede a su principal colección de “modos adverbiales”<sup>21</sup>:

Pero, con ser esto así y deberse estimar por muy bien empleada la tarea de bucear en busca de ese precioso aljófara del habla española, no puedo atribuirme —valgan verdades— el mérito de esa loable búsqueda; porque las palabras y los modismos que suelo coleccionar me fueron saliendo al paso día tras día y un año tras otro cuando en mis lecturas procuraba yo afanosamente el hallazgo de textos útiles para anotar a Baltasar de Alcázar, a Luis Vélez de Guevara, y, con especialidad, a nuestro gloriosísimo Miguel de Cervantes. Vienen a ser, pues, mis aportaciones lexicográficas, en cuanto a lo poco que trabajé para allegarlas, como ciertas cosillas campestres que el cazador no se desdenea de coger cuando el acaso se las pone delante de los ojos al cruzar por eriales y barbechos (Rodríguez Marín, 1931: 6).

#### 4. CONCLUSIÓN

Al margen de la teoría fraseológica que se iba perfilando paulatinamente en las gramáticas, a finales del siglo XIX y principios del XX un nutrido y heterogéneo grupo de autores cultivó un estudio muy particular de la fraseología, vinculado a corrientes e ideologías en boga en esa época: en virtud de un nacionalismo producto de las circunstancias históricas, se pensaba que la grandeza de una lengua se justificaba, entre otras cosas, a partir de atributos como el de su riqueza expresiva o la intraducibilidad de sus giros. Es así como tenemos que entender la afición de muchos intelectuales por el estudio lingüístico de *expresiones*, *locuciones*, *modismos*, *clichés*, *proverbios*, etc., términos que se multiplican en los títulos de las obras para despertar el interés de los lectores y garantizar el éxito comercial.

Rodríguez Marín supo valorar la riqueza léxica de los autores del Siglo de Oro pero también supo percibirla en el habla de sus contemporáneos, aspectos ambos entre los que pareció encontrar una íntima conexión. Su temprano interés por la voz más auténtica del pueblo le

<sup>21</sup> Emplea la misma modestia y relativiza cortésmente el valor de sus obras en varias partes de dicha dedicatoria. Cf. al respecto las siguientes citas: «[...] admítalos en su bien abastada mesa la Academia Española, entre otros platos más delicados y suculentos. Bien dijo el refrán que en la mesa del rey cabe la torta del pobre»; «Acepte, usted, pues, con benevolencia, por sí y en nombre de nuestros doctos y amables compañeros, más que el regalillo mismo, que tan poco vale, la buena voluntad con que se lo ofrezco».



llevó tanto a la anotación entusiasta de expresiones de sabor popular como las comparaciones, como a la investigación filológica de los refranes.

Aún queda mucho por saber acerca de las relaciones personales entre muchos de estos fraseólogos (Francisco Rodríguez Marín, José María Sbarbi, Luis Martínez Kléiser, Eduardo Benot, Julio Cejador y Frauca, Julio Casares, etc.) y de estos con otras personalidades europeas. Para otra ocasión dejamos también el análisis pormenorizado de sus obras fraseológicas. En cualquier caso, queda patente la importancia de autores como el Bachiller de Osuna en la conformación de un estado de opinión favorable hacia la fraseología y la paremiología, solo a partir del cual se entiende su estudio sistemático en la segunda mitad del siglo XX.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### *Fuentes primarias*

- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1882): «Comparaciones populares recogidas en Osuna». J. Blas Vega y E. Cobo (1981). *El Folk-Lore andaluz* (Edición Conmemorativa del Centenario), Sevilla, Edit. "Tres-Catorce-Dieciséiete", 361-370.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1883): *Cien refranes andaluces: de Meteorología, Cronología, Agricultura y Economía rural. Recogidos de la tradición oral y concordados con los de varios países románicos/ por Francisco Rodríguez Marín*, Fregenal, Est. Tip. de El Eco.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1884): *Quinientas comparaciones populares andaluzas recogidas de la tradición oral y brevemente anotadas por Francisco Rodríguez Marín, Socio honorario del Folk-lore Andaluz y del Fraxinense*, Osuna, Imprenta de *El Ursaoense*.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1887): *De Academia Caecitate. Reparos al nuevo Diccionario de la Academia Española, por el Bachiller Francisco de Osuna*, Osuna, M. Ledesma Vidal. [Primera edición, 1886, Osuna: "El Centinela"].
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1895): "De los refranes en general, y en particular de los españoles". *Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 8 de diciembre de 1895 por los señores F. Rodríguez Marín y L. Montoto y Rautenstrauch en la recepción del primero*, Sevilla, Imp. de E. Rasco, 33-67.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1896): *Los refranes del Almanaque/ recogidos, explicados y concordados con los de varios países románicos por D. F.<sup>co</sup> Rodríguez Marín, de la Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, Imprenta de Francisco P. Díaz.

- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1899): *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas recogidas de la tradición oral, concordadas con las de algunos países románicos y anotadas por Francisco Rodríguez Marín*, Sevilla, Imp. de Francisco de P. Díaz.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1915): *El año en refranes. Los ordenó y glosó F. Rodríguez Marín. Decoró la presente edición A. Vivanco*, Madrid, Blass y C<sup>a</sup>.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1921): *Un millar de voces castellanas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1922): *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1926): *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del Maestro Gonzalo Correas. Allególos de la tradición oral y de sus lecturas durante más de medio siglo (1871-1926)*, Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1930): *12.600 refranes más no contenidos en la colección del maestro Gonzalo Correas ni en "Más de 21.000 refranes castellanos". Allególos con ayuda de pocos, pero buenos amigos*, Madrid, Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1931): *Modos adverbiales castizos y bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico. Allególos de sus lecturas Francisco Rodríguez Marín*, Madrid, Festina Lente.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1933[1916]): *Refranerillo español del Libro, por Francisco Rodríguez Marín, antiguo alumno del Instituto de Osuna, 2ª edición, publicada en el aniversario CCCXVII de la muerte de Cervantes, fiesta a la vez del Libro Español*, Madrid, Imp. C. Bermejo.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1934): *Los 6.666 refranes de mi última rebusca que con "Más de 21.000" y "12.600 refranes más" suman largamente 40.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*, Madrid, Imp. C. Bermejo.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1938): *250 refranes entresacados de los 4.500 que ha reunido en la villa de Piedrabuena (Ciudad Real) Francisco Rodríguez Marín, decano de los folkloristas españoles*. Madrid, Imp. C. Bermejo.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1941): *Todavía 10.700 refranes más no registrados por el maestro Correas, ni en mis colecciones tituladas «Más de 21.000 refranes castellanos (1926)», «12.000 refranes más» (1930) y «Los 6.666 refranes de mi última rebusca» (1934)*, Madrid, Imp. «Prensa Española».
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1957[1942]): "Barcelona y los catalanes en el refranero castellano", *Artículos periodísticos* (pról. del Conde de Colomby), Madrid, Asociación de amigos de Rodríguez Marín.

*Fuentes secundarias*

- AHUMADA, I. (2007): "Francisco Rodríguez Marín y sus corresponsales: el Vocabulario de Villanueva de San Juan (Sevilla)", *Revista de Filología*, 25, 33-47.
- BLAS VEGA, J. y COBO, E. (estudio preliminar) (1981): *El Folk-Lore andaluz* (Edición Conmemorativa del Centenario), Sevilla, Edit. "Tres-Catorce-Dieciséte".
- CASARES, J. (1961): *El humorismo y otros ensayos, Obras completas*, Madrid, Espasa Calpe.
- CASARES, J. (1992[1950]): *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid, CSIC.
- HERRERA TEJADA, C. (1996): *Inventario del archivo de Francisco Rodríguez Marín*, Madrid, Consejo Superior de Investigación Científicas.
- LENGERT, J. (1999): *Romanistische Phraseologie und Parömiologie. Eine teilkommentierte Bibliographie (von den Anfängen bis 1997)*, vol. 2. Tübingen, Gunter Narr Verlag.
- MONTORO DEL ARCO, E. T. (2006a): "Aproximación al pensamiento fraseológico de Eduardo Benot. A propósito de su obra gramatical", J. Rodríguez Molina y D. M. Sáez Rivera (coords.) *Diacronía, lengua española y lingüística*, Madrid, Síntesis, 397-411.
- MONTORO DEL ARCO, E. T. (2006b): "Sobre la valoración de la fraseología: perspectiva historiográfica". A. Roldán, R. Escavy, E. Hernández, J. M. Hernández y M.<sup>a</sup> I. López (eds.), *Caminos actuales de la Historiografía Lingüística. Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística (Murcia, 7-10 de noviembre de 2005)*, t. I, Murcia, Universidad de Murcia, 1463-1478.
- PORTOLÉS, J. (1986): *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra.
- RAYEGO GUTIÉRREZ, J. (2002): *Vida y personalidad de D. Francisco Rodríguez Marín, "Bachiller Osuna"*, Sevilla, Diputación de Sevilla.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1950a): "Discurso del Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín leído en la recepción pública de la Real Academia Española el día 27 de octubre de 1907", *Discursos leídos en las recepciones públicas de la Real Academia Española*. Sér. Segunda, t. VI, Madrid, Industrias Gráficas, S.L., 241-292.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1950b): "Contestación al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo", *Discursos leídos en las recepciones públicas de la Real Academia Española*. Sér. Segunda, t. VI, Madrid, Industrias Gráficas, S.L., 293-334.
- SBARBI, J. M.<sup>a</sup> (1980[1891]): *El refranero general español /parte compuesto y parte recopilado por José María Sbarbi*, Madrid, Atlas.